

EVANGELII GAUDIUM: FRASES IMPORTANTES PARA MÍ

Adolfo Chércoles Medina SJ

Riesgo del mundo actual: con su oferta de consumo, cae en una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales y de una conciencia aislada. (2)

No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. (3)

Hay cristianos cuya opción parece ser la de una cuaresma sin pascua. (6)

Sólo gracias a ese encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. (8)

El creyente es fundamentalmente «memorioso». (13)

La Iglesia no crece por proselitismo sino «por atracción». (14)

Salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio. (20)

La alegría del Evangelio siempre tiene la dinámica del éxodo, del don, del salir de sí, del caminar y sembrar. (21)

Los discípulos misioneros primerean, se involucran, acompañan, fructifican y festejan. (24)

Los evangelizadores tienen «olor a oveja» y éstas escuchan su voz. (24)

El sueño del discípulo no es llenarse de enemigos, sino que la palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora. (24)

El Evangelio invita a responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos. (39)

Hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas. (44)

La Iglesia «en salida» es una Iglesia con las puertas abiertas, para mirar, escuchar y acompañar. (46)

La Eucaristía no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles. (47)

A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. (47)

La Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas. (47)

Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. (49)

«No a una economía de la exclusión y la inequidad». (53)

Globalización de la indiferencia, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. (54)

Crisis antropológica: ¡La negación de la primacía del ser humano! (55)

La ética condena la manipulación y la degradación de la persona. (57)

¡El dinero debe servir y no gobernar! (58)

Las armas y la represión violenta, más que aportar soluciones, crean nuevos y peores conflictos. (60)

Evangelizar es afrontar los desafíos que puedan presentarse. (61)

El proceso de secularización tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado y de lo íntimo. (64)

Es necesaria una educación que enseñe a pensar críticamente y que ofrezca un camino de maduración en valores. (64)

El individualismo posmoderno debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas. (67)

Toda cultura y todo grupo social necesitan purificación y maduración. (69)

Las protestas masivas, si no son adecuadamente interpretadas, no podrán acallarse por la fuerza. (74)

Vivir a fondo e introducirse en el corazón de los desafíos como fermento testimonial, en cualquier cultura, en cualquier ciudad, mejora al cristiano y fecunda la ciudad. (75)

La vida espiritual se confunde con momentos religiosos de cierto alivio que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora. (78)

¡No nos dejemos robar el entusiasmo misionero! (80)

La tarea evangelizadora, una alegre respuesta al amor de Dios que nos convoca a la misión y nos vuelve plenos y fecundos. (81)

El inmediatismo ansioso hace que los agentes pastorales no toleren la contradicción, el fracaso, una crítica, una cruz. (82)

¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora! (83)

El triunfo cristiano es siempre una cruz que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. (85)

¡No nos dejemos robar la esperanza! (86)

Hay que transmitir la mística de vivir juntos. (87)

Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia. (87)

El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura. (88)

El aislamiento... traducción del inmanentismo... puede... encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. ...Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios... no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. ...una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera... (89)

La religiosidad popular está encarnada: incluye una relación personal, no con energías armonizadoras sino con Dios, Jesucristo, María, un Santo. (90)

«Espiritualidad del bienestar»: experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista. (90)

La verdadera sanación, una fraternidad *mística*. (92)

¡No nos dejemos robar la comunidad! (92)

La mundanidad espiritual: detrás de apariencias de religiosidad y amor a la Iglesia es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal. (93)

Fascinación del gnosticismo: fe encerrada en el subjetivismo -sólo una determinada experiencia o razonamientos y conocimientos que reconfortan e iluminan-. El sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos. (94)

Neopelagianismo autorreferencial y prometeico: confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores por cumplir normas o ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico del pasado. (94)

Supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario: en lugar de evangelizar, analizar y clasificar a los demás; en lugar de facilitar el acceso a la gracia, controlar. (94)

En ambos casos ni Jesucristo ni los demás interesan: inmanentismo antropocéntrico. (94)

Embeleso por dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. (95)

Cuando el beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización, no lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado: grupos elitistas, autocomplacencia egocéntrica. (95)

Nuestra historia de Iglesia es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshinchada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa. (96)

Nos entretenemos vanidosos hablando sobre «lo que habría que hacer» –el pecado del «habriaqueísmo»– como maestros que señalan desde afuera. (96)

Quien se repliega en su inmanencia y sus intereses, no aprende de sus pecados ni está abierto al perdón. (97)

Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos. (97)

¡No nos dejemos robar el Evangelio! (97)

Algunos dejan una pertenencia cordial a la Iglesia por alimentar un espíritu de «internas». (98)

¡Atención a la envidia! pidamos alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos. (99)

El testimonio de comunidades fraternas y reconciliadas es una luz que atrae. (100)

¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno! (101)

Excesivo clericalismo limita el laicado a tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. (102)

No quedemos anclados en estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual. (108)

¡No nos dejemos robar la fuerza misionera! (109)

Nadie se salva solo. Dios nos atrae en una comunidad humana. (113)

Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios: lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio. (114)

Cultura: el modo propio de relacionarse entre sí, con las demás criaturas y con Dios. (115)

En los distintos pueblos la Iglesia expresa su catolicidad: «rostro pluriforme». (116)

No haría justicia a la lógica de la encarnación un cristianismo monocultural. (117)

Una sola cultura no agota el misterio de Cristo. (118)

El Pueblo de Dios es santo por esta unción que lo hace *infallible* «*in credendo*». Cuando cree no se equivoca, aunque no encuentre palabras. (119)

Por el bautismo, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe. (120)

Eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, comunícalo a los otros. (121)

¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera: la «mística popular»! (124)

Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos, son un *lugar teológico*. (126)

Si dejamos que las dudas y temores sofoquen toda audacia, no seremos partícipes de procesos históricos, sino espectadores. (129)

En la comunión un carisma se vuelve auténtica y misteriosamente fecundo. (130)

Sólo el Espíritu puede suscitar la diversidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. (131)

Encuentro entre la fe, la razón y las ciencias: lo asumido se vuelve instrumento del Espíritu para iluminar y renovar el mundo. (132)

La homilía, encuentro de un pastor con su pueblo. Muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar. (135)

La homilía, retomar el diálogo entre el Señor y su pueblo. (137)

En la fe nos gusta que se nos hable en clave de «cultura materna». (139)

Una predicación está inculturada cuando se evangeliza la síntesis, no ideas o valores sueltos. Donde está tu síntesis, allí está tu corazón. (143)

Una confianza en el Espíritu Santo meramente pasiva es deshonesta e irresponsable. (145)

La gente prefiere escuchar a los testigos. (150)

El Señor quiere usarnos como seres vivos, libres y creativos, que se dejan penetrar por su palabra antes de transmitirla. (151)

Cuando uno intenta escuchar al Señor, suele haber tentaciones. (153)

El predicador debe ser un contemplativo de la Palabra y del pueblo. (154)

Nunca hay que responder preguntas que nadie se hace. (155)

Tampoco ofrecer crónicas de la actualidad para despertar interés. (155)

Escuchar mucho, compartir la vida de la gente y prestarle una gustosa atención. (158)

La educación y la catequesis están al servicio del crecimiento «según el Espíritu». (163)

«*Kerygma*» trinitario: el espíritu que se dona y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela la misericordia infinita del Padre. (164)

El encuentro catequístico supone un camino comunitario de escucha y de respuesta. (166)

Más que jueces, custodios del bien y la belleza que resplandecen en una vida fiel al Evangelio. (168)

Una civilización herida de anonimato, impudorosamente enferma de curiosidad malsana. La Iglesia

necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario. (169)

«Arte del acompañamiento»: darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa, de compasión, que sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana. (169)

Riesgo de terapia que aisle en la inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre. (170)

Madurez: que las personas sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia. (171)

Un buen acompañante no consiente ni fatalismos ni pusilanimidad: invita a querer curarse. (172)

El auténtico acompañamiento espiritual siempre inicia al servicio de la misión; no intimista ni autorrealización. (173)

Nosotros no buscamos a tientas porque «Dios ha hablado». (175)

Evangelizar es hacer presente en el mundo el reino de Dios. (176)

La trinidad nos recuerda que fuimos hechos a imagen de esa comunión divina: no podemos realizarnos ni salvarnos solos. (178)

El Evangelio no es sólo la relación personal con Dios ni una «caridad a la carta», *es el reino de Dios*. (180)

La evangelización es la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre. (Pablo VI) (181)

La tarea evangelizadora exige una promoción integral de cada ser humano. (182)

Una auténtica fe –que nunca es cómoda ni individualista– implica deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores. (183)

El pensamiento social de la Iglesia es positivo y propositivo. (183)

De nuestra fe en Cristo hecho pobre, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad. (186)

La falta de solidaridad en las necesidades de los pobres afecta directamente a nuestra relación con Dios. (187)

Resolver las causas estructurales de la pobreza y promover el desarrollo integral de los pobres. (188)

Un cambio de estructuras sin nuevas convicciones y actitudes dará lugar a que se vuelvan corruptas, pesadas e ineficaces. (189)

Los derechos humanos pueden ser utilizados como justificación de una defensa exacerbada de los

derechos individuales o de los pueblos más ricos. (190)

Los cristianos están llamados a escuchar el clamor de los pobres. (191)

En el trabajo libre, creativo, participativo y solidario, el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida. (192)

Un mensaje bíblico tan claro al amor fraterno, al servicio humilde y generoso, a la justicia, a la misericordia con el pobre, ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo. (194)

“No olvidarse de los pobres”, el gran revulsivo en este “nuevo paganismo individualista”. (195)

Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. (198)

Descubrir a Cristo en los pobres es prestarles nuestra voz en sus causas, ser sus amigos, escucharlos, interpretarlos y recoger la sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos. (198)

Atención amante es valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo. (199)

Los pobres necesitan a Dios. La opción preferencial por ellos debe traducirse en atención religiosa privilegiada y prioritaria. (200)

Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social. (201)

Causas estructurales de la inequidad: autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera. (202)

La dignidad de cada persona y el bien común deberían estructurar toda política económica. (203)

Palabras molestas: ética, solidaridad mundial, distribución de los bienes, preservar las fuentes de trabajo, dignidad de los débiles, un Dios que exige un compromiso por la justicia. (203)

La vocación de un empresario es una noble tarea: dejarse interpelar por servir al bien común, por multiplicar y volver más accesibles para todos los bienes de este mundo. (203)

El crecimiento en equidad exige creación de trabajo y promoción integral de los pobres: ni asistencialismo ni populismo irresponsable. (204)

Políticos capaces de un auténtico diálogo que se oriente a sanar las raíces y no la apariencia de los males de nuestro mundo. (205)

La política, una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común. (205)

Políticos que les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres, que procuren que haya trabajo digno, educación y cuidado de la salud para todos los ciudadanos. (205)

La economía, el arte de una adecuada administración de la casa común, el mundo. (206)

La Iglesia, si no cooperara con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, corre el riesgo de la disolución, sumida en la mundanidad espiritual. (207)

Pretendo que los que están esclavizados por una mentalidad individualista, indiferente y egoísta, puedan liberarse y alcancen un estilo de vida y de pensamiento más humano. (208)

En el vigente modelo «exitista» y «privatista» no entra que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida. (209) [De los n^{os} 210-216, concreta estas 'realidades' débiles]

La persona y el bien común están por encima de la tranquilidad de los que no quieren renunciar a sus privilegios. (218)

«El ser ciudadano fiel es una virtud y la participación en la vida política es una obligación moral». (220)

El tiempo es superior al espacio. (222)

Darle prioridad al espacio, es querer tener todo resuelto en el presente. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*. No ansiedad, sí convicciones claras y tenacidad. (223)

La evangelización requiere tener presente el horizonte, asumir los procesos posibles y el camino largo. (225)

La unidad prevalece sobre el conflicto. (226)

Cuando nos detenemos en el conflicto, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad. (226)

Vivir todo conflicto como eslabón, no como final. (227)

Comunión en las diferencias para construir la amistad social: la unidad es superior al conflicto. (228)

La paz no es negociada, sino la convicción de que la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades. (230)

La realidad es más importante que la idea. (231)

Evitar purismos, totalitarismos de lo relativo, nominalismos, proyectos formales, fundamentalismos ahistóricos, eticismos sin bondad, intelectualismos sin sabiduría. (231)

Sólo la realidad, iluminada por el razonamiento, alcanzando una objetividad armoniosa, convoca. (232)

Permanecer en la pura idea es degenerar en intimismos y gnosticismos. (233)

El todo es superior a la parte. (234)

Ni universalismo abstracto, ni museo folklórico de ermitaños localistas. (234)

El todo es más que la parte, y más que la mera suma de ellas. (235)

Una sociedad que busca un bien común que incorpora a todos. (236)

El Evangelio no es buena noticia hasta que no es anunciado a todos, y fecunda y sana todas las dimensiones del hombre. (237)

Tres campos de diálogo de la Iglesia: con los estados, con la sociedad –las culturas y las ciencias– y con otros creyentes. (238)

Una cultura que privilegie el diálogo, la búsqueda de consensos y acuerdos, por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones. *el sujeto de este proceso, es la gente y su cultura, no una élite.* (239)

El papel del estado exige una profunda humildad social. (240)

La evangelización está atenta a los avances científicos para iluminarlos con la fe y la ley natural, y procurar que respeten la centralidad de la persona humana. (242)

No es el progreso de las ciencias ni las conclusiones de la razón, sino determinadas ideologías las que cierran el camino a un diálogo auténtico, pacífico y fructífero. (243)

La paz es artesanal. «¡Felices los que trabajan por la paz!» (244)

A través de un intercambio de dones, el Espíritu puede llevarnos cada vez más a la verdad y al bien. (246)

Los cristianos no podemos considerar al judaísmo como una religión ajena. (247)

Aceptar a los otros en su modo diferente de ser, de pensar y de expresarse, para juntos, servir a la justicia y la paz. (250)

Dialogo sin descuidar el anuncio. Ni sincretismo ni diplomacia. (251)

El islam «adoran con nosotros a un Dios único, misericordioso, que juzgará a los hombres en el día final» y veneran a Jesucristo y María. (252)

Los cristianos, acoger con afecto y respeto a los inmigrantes del islam y esperamos ser acogidos y respetados en sus países. Evitar generalizaciones. (253)

Los cristianos podemos aprovechar la riqueza que el mismo Espíritu suscita en todas partes, con diversas formas de sabiduría práctica que ayudan a sobrellevar las penurias de la existencia y a vivir con más paz y armonía. (254)

El respeto a agnósticos y no creyentes no debe convertirse en una especie de imposición que silencie las convicciones creyentes o ignore las tradiciones religiosas. (255)

Los escritos religiosos clásicos pueden ofrecer un significado para todas las épocas, tienen una fuerza motivadora que estimula el pensamiento, amplía la mente y la sensibilidad frente a la

cortedad de vista de los racionalismos. (256)

Nos sentimos cerca de quienes buscan la verdad, la bondad y la belleza -cuya fuente es Dios-, defienden la dignidad humana, la convivencia pacífica y custodia de lo creado. (257)

Los evangelizadores con Espíritu se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo. (259)

Cuando se dice que algo tiene «espíritu» suele indicar unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria. (261)

Una evangelización con Espíritu Santo es fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa. (261)

Los evangelizadores con Espíritu oran y trabajan: ni propuestas místicas sin compromiso social y misionero, ni discursos y praxis sociales o pastorales sin espiritualidad que transforme el corazón. (262)

«Rechazar una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la encarnación». (Juan Pablo II) (262)

Siempre están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de sí mismo, el egoísmo cómodo y la concupiscencia: vienen del límite humano más que de las circunstancias. (263)

Espíritu *contemplativo*: redescubrir que somos depositarios de un bien que humaniza y ayuda a llevar una vida nueva. (264)

El Evangelio *responde a las necesidades más profundas* de las personas. (265)

Nuestra tristeza sólo se cura con un infinito amor. (265)

El verdadero misionero sabe que Jesús camina, habla, respira y trabaja con él. (266)

El gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente es fuente de un gozo superior. (268)

La misión es pasión por Jesús y su pueblo. (268)

Cautivados por Jesús nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, no por obligación, sino con una alegría que llena y da identidad. (269)

Jesús quiere que renunciemos a cobertizos personales o comunitarios para entrar en contacto con la existencia de los otros y conocer la fuerza de la ternura. (270)

Hay que dar razón de nuestra esperanza, no como enemigos que señalan y condenan. (271)

Jesucristo nos quiere hombres y mujeres de pueblo, compartiendo la vida con el pueblo fiel a Dios, tratando de encender el fuego en el corazón del mundo. (271)

Vivir la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien. (272)

Creer en la vida espiritual es ser misioneros, es convertirse en manantial. (272)

Encerrarse en la comodidad es un lento suicidio. (272)

Yo soy una misión en este mundo: iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar, ser con los demás y para los demás. (273)

Ser tarea, no privacidad -buscar reconocimientos y defender propias necesidades-. Dejará de ser pueblo. (273)

¡Alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres! (274)

Cristo resucitado es la fuente de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda. (275)

'Nada puede cambiar', 'inútil esforzarse'..., excusas para quedarse en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta: actitud autodestructiva. (275)

Su resurrección no es algo del pasado. Es una fuerza imparable. (276)

El evangelizador, instrumento del dinamismo de la resurrección. (276)

En el descontento crónico, es la acedia que seca el alma, falta resurrección. (277)

La fe es creerle a él, creer que nos ama, que vive, que no nos abandona, que saca bien del mal. (278)

El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere. Dejemos que sea él quien haga fecundos nuestros esfuerzos. (279)

No hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu. (280)

La contemplación que deja fuera a los demás es un engaño. (281)

Un evangelizador sale de la oración más generoso, se ha liberado de la conciencia aislada, deseoso de hacer el bien y de compartir la vida con los demás. (282)

La intercesión es como «levadura» en el seno de la Trinidad. (283)

Íntima conexión entre María, la Iglesia y cada fiel, en cuanto que, de diversas maneras, engendran a Cristo. (285)

María camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama la cercanía del amor de Dios. (286)

María es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno. (288)

La dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de María. Un modelo eclesial para la evangelización. (288)